



Saul Bellow
Herzog

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

SAUL BELLOW

Herzog

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

«Si estoy como una cabra, qué le voy a hacer», pensó Moses Herzog.

Había quienes pensaban que estaba tarado y, durante cierto tiempo, él mismo había dudado de su cordura. Pero ahora, aunque todavía se comportaba de una manera extraña, se sentía seguro de sí mismo, animado, lúcido y fuerte. Estaba como hechizado y se dedicaba a escribir cartas a todo quisque. Esas cartas le alteraban hasta tal punto que, desde finales de junio, iba de un lado a otro con una maleta llena de papeles. La había llevado de Nueva York a Martha's Vineyard, pero no tardó en volver de Vineyard; dos días más tarde voló a Chicago, y desde allí fue a un pueblo en la zona occidental de Massachusetts. Oculto en el campo, escribía sin parar, frenéticamente, a los periódicos, a personas públicas, a amigos y parientes, y, por fin, a los muertos, primero a sus difuntos cercanos y casi anónimos, y por último a los famosos.

Era pleno verano en los Berkshires. Herzog estaba solo en la gran casa antigua. Si de normal era un tanto maniático con la comida, ahora se alimentaba de pan Silvercup directamente del envoltorio de papel, judías de lata y queso americano. De vez en cuando recogía frambuesas del descuidado huerto, levantando las ramas espinosas con distraída cautela. Para descansar dormía en un colchón sin sábanas —el de su abandonada cama de matrimonio— o en la hamaca, tapado con su abrigo. En el patio, le rodeaban la hierba alta con aristas, los algarrobos y los arcos de semillero. Cuando abría los ojos por la noche, las estrellas le parecían cercanas, como cuerpos espirituales. Eran fuegos, claro, y gases: minerales, calor y átomos; pero a las

cinco de la madrugada también resultaban muy elocuentes para un hombre tumbado en una hamaca y envuelto en su abrigo.

Cuando alguna nueva idea le asaltaba, iba a la cocina, su cuartel general, para anotarla. La pintura blanca se descascarillaba en las paredes de ladrillo y, de vez en cuando, Herzog apartaba con la manga excrementos de ratón de encima de la mesa, preguntándose con calma por qué los ratones de campo sentían tanta pasión por la cera y la parafina. Agujereaban las conservas selladas con parafina, roían las velas de cumpleaños hasta los pabilos. Una rata mordió un paquete de pan y dejó marcada la silueta de su cuerpo en las capas de rebanadas. Herzog se comió la otra mitad del pan de molde untada con mermelada. También podía compartir con las ratas lo que tenía.

Mientras tanto, un rincón de su cerebro permanecía abierto al mundo exterior. Oía los cuervos por las mañanas. Su áspero canto era delicioso. Oía los tordos en el crepúsculo; por la noche, una lechuza. Cuando paseaba por el huerto, alterado por una de sus cartas mentales, veía los rosales que se enroscaban alrededor del caño de agua; o se fijaba en las moras, en los pájaros que se daban un banquete en la morera. Las mañanas eran calurosas; las noches, sofocantes y polvorientas. Miraba todo con interés, pero se sentía medio ciego.

Su amigo, su antiguo amigo, Valentine, y su esposa, su ex esposa, Madeleine, habían hecho correr el rumor de que había perdido la cabeza. ¿Era cierto?

Estaba dando una vuelta alrededor de la casa vacía cuando de pronto vio la sombra de su rostro en una ventana gris y cubierta de telarañas. Tenía un aspecto extrañamente tranquilo. Una línea radiante le nacía en el medio de la frente y recorría su nariz recta y sus labios gruesos y silenciosos.

Avanzada la primavera, Herzog se había visto dominado por la necesidad de explicarse, de expresarse, de jus-

tificarse, de ponerlo todo en perspectiva, de aclararse, de corregirse.

Por entonces daba clases en Nueva York, en una escuela nocturna para adultos. En abril todavía conservaba la suficiente claridad mental, pero a finales de mayo empezó a divagar. Para sus alumnos era obvio que no aprenderían mucho sobre las raíces del romanticismo, aunque verían y escucharían cosas extrañas. Las formalidades académicas fueron desapareciendo una tras otra. El profesor Herzog se expresaba con la franqueza inconsciente de un hombre hondamente preocupado. A finales del trimestre sus clases estaban salpicadas de largas pausas. De repente se interrumpía, murmuraba «discúlpenme» y rebuscaba la pluma en su chaqueta. Mientras la mesa crujía, escribía en trozos de papel con una mano tensa, apretando mucho; se quedaba absorto, con visibles ojeras oscuras. Su cara, muy blanca, lo delataba todo, todo: estaba argumentando, discutiendo, sufriendo, se le había ocurrido una idea brillante, se abría a cualquier posibilidad, se cerraba en banda; sus ojos y su boca lo dejaban todo claro sin necesidad de palabras: anhelo, intolerancia, amarga rabia. Todo era visible. La clase esperaba tres minutos, cinco minutos, en completo silencio.

Al principio, las notas que tomaba no seguían ninguna pauta. Eran fragmentos, sílabas sin sentido, exclamaciones, proverbios y citas retorcidos o, en el *yiddish* de su madre, fallecida hacía mucho tiempo, *Trepverter*: réplicas que llegaban demasiado tarde, cuando uno ya estaba bajando por las escaleras.

Escribía, por ejemplo: *Muerte, muere, vive otra vez, muere otra vez, vive.*

No hay nadie, no hay muerte.

Y: *¿Tu alma de rodillas? A lo mejor puede servir de algo. Friega el suelo.*

A continuación: *Responde a un loco según su locura, no vaya a ser sabio en su presunción.*

No respondas a un loco según su locura, no vayas a ser como él.

Elige una.

También anotó: *Por Walter Winchell me he enterado de que J. S. Bach se puso guantes negros para componer una misa de réquiem.*

Herzog no sabía muy bien qué pensar de esos garabatos. Se dejaba llevar por la excitación que los inspiraba y a veces sospechaba que podían ser un síntoma de desintegración. Eso no le asustaba. Tumbado en el sofá del apartamento con cocina que había alquilado en la calle Diecisiete, a veces imaginaba que era una industria que fabricaba historia personal, y se veía a sí mismo desde el nacimiento hasta la muerte. En un trozo de papel reconoció:

No puedo justificarme.

Al revisar su vida entera, se dio cuenta de que lo había hecho todo mal, todo. Su vida estaba, por así decirlo, en ruinas. Pero, dado que no había sido gran cosa, tampoco había mucho que llorar. Pensando, mientras se encontraba en el maloliente sofá, en los siglos XIX, XVI y XVIII, recordó, del último, un dicho que le gustaba: «La pena, señor, es una especie de flojera»¹.

Siguió haciendo balance, tumbado boca abajo en el sofá. ¿Era un hombre listo o un idiota? En ese momento, la verdad, no podía afirmar que fuera muy listo. En el pasado es posible que tuviera madera de tipo espabilado, pero había optado por ser un soñador y los listos le desplumaron. ¿Qué más? Estaba perdiendo pelo. Leía los anuncios de Thomas Scalp Specialists con el exagerado escepticismo de un hombre cuyo deseo de creer era profundo, desesperado. ¡Expertos en el cuero cabelludo! De modo que era... que había sido un hombre apuesto. Pero su rostro revelaba los golpes que había recibido en la vida. Y había sido él mismo el que había pedido que le golpearan, e incluso había animado a sus atacantes, les había dado fuerza. Eso le llevó a pensar en su personalidad. ¿Qué tipo de personalidad era la suya? En el vocabulario

1. Epigrama de Samuel Johnson (1709-1784). (Todas las notas de esta edición son del traductor.)

moderno, era narcisista, era masoquista, era anacrónica. Su cuadro clínico era depresivo, aunque no del tipo más grave, no un maníaco depresivo. Había lisiados peores por ahí. Si uno creía, como parecía creer todo el mundo hoy día, que el hombre es un animal enfermo, ¿estaba él acaso alarmantemente enfermo, excepcionalmente ciego o extraordinariamente deteriorado? No. ¿Era inteligente? Su intelecto habría sido más eficaz si él hubiera tenido una personalidad paranoica agresiva, que anhelase el poder. Era celoso, pero poco competitivo, no un auténtico paranoico. ¿Y qué decir de su cultura? Ahora se veía obligado a reconocer que tampoco era gran cosa como profesor. Sin duda, se tomaba su trabajo en serio y poseía cierta honestidad, tan incuestionable como inmadura, pero nunca había logrado ser sistemático. Había tenido un comienzo brillante con su tesis *El estado de naturaleza en la filosofía política inglesa y francesa de los siglos XVII y XVIII*. También tenía a su favor varios artículos y un libro, *Romanticismo y cristianismo*. Pero sus demás proyectos ambiciosos se habían ido marchitando, uno tras otro. Gracias a sus primeros éxitos, nunca le había costado encontrar empleo ni obtener becas de investigación. La Narragansett Corporation le había pagado quince mil dólares a lo largo de varios años para que prosiguiera sus estudios sobre el romanticismo. Los resultados permanecían dentro de un armario, en una vieja maleta: ochocientas páginas de argumentaciones caóticas a las que no supo dar una estructura. Era doloroso pensarlo.

En el suelo, a su lado, había trozos de papel y de vez en cuando se inclinaba para escribir.

Ahora escribió: *No se trata de esa larga enfermedad, mi vida, sino de esa larga convalecencia, mi vida. La revisión liberal-burguesa, la ilusión de mejora, el veneno de la esperanza.*

Pensó un momento en Mitrídates, cuyo organismo, poco a poco, aprendió a vivir con veneno. Engañó a sus asesinos, que cometieron el error de utilizar pequeñas dosis, y acabó vomitando, pero no murió a causa del veneno.

*Tutto fa brodo*¹.

Al reanudar su autoanálisis, admitió que había sido un mal marido... dos veces. A Daisy, su primera esposa, la había tratado con mezquindad. Madeleine, la segunda, había intentado acabar con él. Para su hijo y su hija era un padre cariñoso, pero malo. Con sus propios padres había sido un hijo desagradecido. Para su país era un ciudadano indiferente. Con sus hermanos y hermana, se mostraba afectuoso pero distante. Con sus amigos, egoísta. En el amor, perezoso. Su inteligencia, más bien mortecina. Ante el poder, pasivo. Y frente a su propia alma, evasivo.

Satisfecho de su severidad consigo mismo, disfrutando de la dureza y el rigor objetivo de su juicio, siguió estirado en el sofá, con los brazos levantados por detrás de la cabeza y las piernas estiradas sin propósito.

Pero, pese a todo, qué encantadores seguimos siendo.

Papá, pobre hombre, podía hechizar a los pájaros de los árboles, a los cocodrilos del fango. También Madeleine tenía mucho encanto y belleza personal, además de una mente brillante. Valentine Gersbach, su amante, era un hombre encantador, aunque a su manera un tanto brutal y hosca. Tenía una barbilla gruesa, un cabello de un cobrizo flamígero que brotaba literalmente a chorros de su cabeza (no necesitaba Thomas Scalp Specialists) y una pierna de madera, que le hacía caminar inclinándose y enderezándose con gracilidad, como un gondolero. El propio Herzog tampoco andaba falto de encanto. Pero Madeleine había dañado su potencia sexual. Y, sin la habilidad para atraer mujeres, ¿cómo iba a recuperarse? Era en este sentido en el que más convaleciente se sentía.

La mezquindad de estas luchas sexuales.

Con Madeleine, hacía ya varios años, había empezado de nuevo la vida. Él la había apartado de la Iglesia: cuando se conocieron, ella acababa de convertirse. Dado que

1. Dicho italiano, equivalente al «Todo vale» castellano, o, vista la peculiar versión de la historia del rey Mitrídates, a «Lo que no mata, engorda».

disponía de veinte mil dólares heredados de su encantador padre, para complacer a su nueva esposa Herzog dejó un puesto académico que era perfectamente respetable y se compró una gran casa antigua en Ludeyville, Massachusetts. En los tranquilos Berkshires, donde tenía unos amigos (los Gersbach), le sería fácil escribir el segundo volumen sobre las ideas sociales de los románticos.

Herzog no dejó la vida académica porque le fuera mal. Al contrario, gozaba de una buena reputación. Su tesis se había convertido en una obra influyente y la habían traducido al francés y al alemán. Su primer libro, que no había tenido mucha repercusión cuando se publicó, había entrado ahora en muchas listas de obras de consulta, y la generación más joven de historiadores lo tomaba como modelo del nuevo tipo de historia, una «historia que nos interesa a nosotros», personal, *engagée*, que examina el pasado con la necesidad de encontrar significado para la contemporaneidad. Mientras Moses estuvo casado con Daisy, llevó la vida normal y corriente de un profesor ayudante, respetado y estable. Su primera obra mostraba con una investigación objetiva lo que el cristianismo había representado para el romanticismo. En la segunda estaba siendo más duro, más enérgico, más ambicioso. En su personalidad habían aparecido muchas espinas. Tenía una voluntad fuerte y talento para la polémica, y le gustaba la filosofía de la historia. Al casarse con Madeleine y renunciar a la universidad (porque ella pensaba que debía hacerlo así) para enterrarse en Ludeyville, también demostró que tenía inclinación y talento para el peligro y el extremismo, para la heterodoxia y las ordalías, que sentía una atracción fatal hacia la «Ciudad de la destrucción». Quería escribir una historia que tuviera verdaderamente en cuenta las revoluciones y las convulsiones de masas del siglo xx, asumiendo, con Tocqueville, el progreso universal y duradero de la igualdad de las condiciones, el avance de la democracia.

Pero ya no podía engañarse sobre su obra; empezaba a dudar seriamente de ella. Sus ambiciones sufrían una dura

prueba. Hegel le estaba dando muchos problemas. Diez años antes, estaba convencido de que entendía sus ideas sobre el consenso y la vida civil, pero algo no había cuadrado. Se sentía inquieto, impaciente, irritado. Al mismo tiempo, su esposa y él se comportaban de una manera muy peculiar. Ella estaba insatisfecha. Al principio, no había querido que él fuera un simple profesor, pero, tras un año en el campo, cambió de opinión. Madeleine se consideraba demasiado joven, demasiado inteligente, demasiado vital y sociable para vivir enterrada en los remotos Berkshires. Decidió acabar sus estudios en lenguas eslavas. Herzog escribió a Chicago interesándose por posibles empleos. También tenía que encontrarle algo a Valentine Gersbach. Valentine era locutor de radio, pinchadiscos en Pittsfield. No podía dejarse a gente como Valentine y Phoebe tirados en estos lúgubres campos, solos, decía Madeleine. Eligieron Chicago porque Herzog se había criado allí y todavía mantenía buenas relaciones. Así que empezó a impartir clases en el Downtown College y Gersbach entró a trabajar como director cultural de una emisora de FM en el Loop. Cerraron la casa de cerca de Ludeyville: los veinte mil dólares que valía, además de libros, porcelana fina inglesa y electrodomésticos nuevos, quedaron abandonados a las arañas, los topos y los ratones de campo: ¡el dinero que tanto le había costado ganar a papá!

Los Herzog se mudaron al Medio Oeste, pero al cabo de un año de esta nueva vida en Chicago, Madeleine llegó a la conclusión de que ella y Moses no hacían buena pareja: quería divorciarse. Él tuvo que ceder, ¿qué otra cosa podía hacer? Y el divorcio fue doloroso. Estaba enamorado de Madeleine; no podía soportar la idea de perder a su hija. Pero Madeleine se negó a seguir casada, y uno tiene que respetar los deseos de la gente. Hace mucho que la esclavitud no existe.

La tensión del segundo divorcio fue demasiado para Herzog. Creyó que se desmoronaba —que saltaba hecho pedazos— y el doctor Edvig, el psiquiatra de Chicago que trataba a la pareja, convino en que quizá lo mejor para Moses

fuera irse de la ciudad. Con el decano del Downtown College llegó al acuerdo de que se reincorporaría cuando se encontrara mejor y, con el dinero que le pidió prestado a su hermano Shura, se fue a Europa. No todos los que se ven amenazados con una crisis nerviosa pueden permitirse ir a Europa en busca de un cambio de aires y de alivio. La mayoría de la gente tiene que seguir trabajando, debe rendir cuentas cada día, tiene que tomar el metro. O se da a la bebida, o va al cine y se sienta a sufrir a oscuras. Herzog debería estar agradecido. A menos que uno haya reventado del todo, siempre hay algo que agradecer. Y, en realidad, estaba agradecido.

En Europa no es que permaneciera ocioso. Realizó un tour cultural para la Narragansett Corporation y dio conferencias en Copenhague, Varsovia, Cracovia, Berlín, Belgrado, Estambul y Jerusalén. Pero en marzo, cuando regresó a Chicago, su estado era peor que en noviembre. Le dijo al decano que probablemente sería mejor para él quedarse en Nueva York. No vio a Madeleine durante la visita a la ciudad. El comportamiento de Herzog era tan extraño y, según ella, tan amenazante, que le advirtió, por medio de Gersbach, que ni se acercara a la casa de Harper Avenue. La policía tenía una fotografía suya y lo detendría si lo veían merodeando por aquella manzana.

Ahora Herzog, incapaz de planear nada, empezaba a hacerse una idea precisa de lo bien que Madeleine lo había preparado todo para librarse de él. Seis semanas antes de despacharlo, le había hecho alquilar una casa cerca de Midway a doscientos dólares al mes. Cuando se mudaron, él construyó estanterías, limpió el jardín y reparó la puerta del garaje. Puso contraventanas. Tan sólo una semana antes de pedirle el divorcio, ella se ocupó de que limpiaran y plancharan toda la ropa de Herzog, pero el día que él abandonó la casa, la metió toda en cajas de cartón que luego amontonó debajo de la escalera del sótano. Necesitaba más espacio en el armario. Y pasaron otras cosas, tristes, cómicas o crueles, dependiendo del punto de vista. Hasta el último día, el tono de la relación de Herzog con

Madeleine era bastante serio, es decir se respetaban y hablaban de ideas, personalidades y de todo en general. Por ejemplo, cuando ella le informó de su decisión de divorciarse, se expresó con dignidad, con ese estilo tan suyo, encantador y magistral a la vez. Ella, dijo, lo había pensado a fondo desde todos los puntos de vista, así que tenía que aceptar la derrota. Juntos no irían a ningún sitio. Estaba dispuesta a asumir parte de la culpa. Desde luego a Herzog no lo pilló completamente por sorpresa. Aunque lo cierto es que había creído que las cosas estaban mejorando.

Todo eso sucedió en un radiante e intenso día de otoño. Él había estado en el patio de atrás colocando las contraventanas. La primera helada ya había dañado los tomates. La hierba era densa y blanda, con la peculiar belleza de cuando llegan los días fríos y una telaraña la cubre por las mañanas; el rocío era espeso y duradero. Las ramas de las tomateras se habían ennegrecido y los globos rojos habían reventado.

Había visto a Madeleine en la ventana de atrás del piso de arriba, acostando a June para la siesta, y más tarde escuchó que corría el agua de la bañera. Ahora ella lo llamaba desde la puerta de la cocina. Una ráfaga de aire procedente del lago hizo temblar los cristales enmarcados en los brazos de Herzog. Apoyó cuidadosamente la contraventana contra el porche, se quitó los guantes de lona, pero no la boina, como si tuviera el presentimiento de que emprendería viaje inmediatamente.

Madeleine aborrecía a su padre con saña, pero eso no quería decir que el hecho de que el anciano fuera un famoso empresario del espectáculo, al que a veces habían llamado el Stanislavski americano, no influyera en su forma de ser. Por eso había preparado el acontecimiento con cierto genio teatral de su propia cosecha. Llevaba medias negras, tacones altos, un vestido lavanda con un brocado indio de Centroamérica. Se había puesto los pendientes de ópalo, las pulseras, y se había perfumado; se había peinado con una raya nueva y nítida y las largas pestañas le bri-

llaban con un cosmético azulado. Tenía los ojos azules, pero la intensidad del color se veía curiosamente afectada por los matices variables de los blancos. La nariz, que descendía en una línea recta y elegante desde las cejas, se le movía un poco cuando estaba especialmente alterada. Para Herzog hasta ese tic era precioso. En su amor hacia Madeleine había cierta sumisión. Dado que ella era dominante por naturaleza, y que él la amaba, tenía que aceptarlo. En este enfrentamiento en el salón desordenado, había dos clases de egoísmo presentes, y Herzog las analizaba ahora, desde su sofá en Nueva York: el de ella, triunfal (había preparado el gran momento, estaba a punto de hacer lo que más deseaba: golpear); y el suyo, en estado de latencia, transformado en pasividad. Se merecía lo que se le venía encima; había pecado mucho tiempo y a conciencia; se lo había ganado a pulso. No había que darle más vueltas.

En la ventana, sobre unas estanterías de cristal había una colección ornamental de pequeñas botellas de vidrio, venecianas y suecas. Venían con la casa. Ahora el sol les daba de lleno. La luz las atravesó. Herzog veía las ondas, los hilos de color, las barras espectrales que se intersectaban y sobre todo una gran mancha de blanco incandescente en medio de la pared, por encima de Madeleine, que estaba diciendo:

—No podemos seguir viviendo juntos.

Su discurso se alargó varios minutos. Las frases estaban bien construidas. Lo había ensayado, pero también parecía que él hubiera estado esperando que la actuación empezara.

El suyo no era un matrimonio que pudiera durar. Madeleine nunca lo había amado. Ahora le decía:

—Es doloroso tener que decir que nunca te he amado. Y tampoco te amaré nunca —dijo—. Así que no tiene sentido que sigamos juntos.

—Yo sí te amo —dijo Herzog.

Paso a paso, Madeleine iba creciéndose, su tono adquiría más distinción, brillantez, perspicacia. El cutis se llenó de vivos matices, y las cejas y aquella nariz bizanti-

na suya se levantaban, se movían sin parar; los ojos azules ganaban intensidad gracias al rubor, cada vez más marcado, que le subía desde el pecho y la garganta. Estaba experimentando un éxtasis de conciencia. A Herzog se le ocurrió que ella lo había golpeado con tanta saña y su orgullo se sentía tan satisfecho que su inteligencia se había fortalecido hasta desbordarse. Se dio cuenta de que estaba presenciando uno de los grandes momentos en la vida de Madeleine.

—Deberías aferrarte a ese sentimiento —dijo ella—. Creo que es verdad. Me amas. Pero creo que también entenderás la humillación que supone para mí tener que admitir el fracaso de este matrimonio. He puesto todo lo que tenía en él. Estoy destrozada.

¿Destrozada? Nunca había tenido un aspecto más espléndido. En aquellas miradas había mucho de teatro, pero mucho más de pasión.

Y Herzog, un hombre sólido, aunque pálido y dolido, tumbado en su sofá en la tarde prolongada de una primavera neoyorquina, con el fondo de la trémula energía de la ciudad, percibiendo y casi saboreando el agua del río, esa franja de suciedad embellecedora y dramática que aportaba Nueva Jersey a la puesta de sol, Herzog, sí, en la cárcel de su intimidad, todavía fuerte de cuerpo (su salud era un auténtico milagro; había hecho cuanto había podido para enfermar), se imaginó qué habría pasado si en lugar de escuchar con tanta atención y tan pensativamente, hubiera abofeteado a Madeleine. Si la hubiera tirado al suelo, agarrado del pelo, arrastrado por la habitación mientras chillaba y se resistía, si la hubiera azotado hasta que le sangraran las nalgas. ¿Y si lo hubiera hecho? Tendría que haberle destrozado la ropa, arrancado el collar, tendría que haberle dado puñetazos en la cabeza. Con un suspiro, rechazó esta violencia mental. Temía estar regodeándose en secreto en ese tipo de brutalidad. Pero supongamos, siquiera, que él le hubiera dicho que se fuera de casa. Al fin y al cabo, se trataba de su casa. Si no podía vivir con él, ¿por qué no se marchaba? ¿Por miedo al

escándalo? No había que asustarse de un poco de escándalo. Hubiera sido doloroso, grotesco, pero, después de todo, un escándalo no es más que una especie de servicio a la comunidad. Sin embargo, a Herzog ni se le había pasado por la cabeza, en el salón de botellitas brillantes, mantenerse firme. Todavía pensaba que quizá podía ganar gracias al atractivo de la pasividad, de su personalidad, ganar en el terreno del ser; porque, pese a todo, era Moses –Moses Elkanah Herzog–, un buen hombre, y el benefactor particular de Madeleine. Lo había hecho todo por ella, ¡todo!

–¿Has hablado de esta decisión con el doctor Edvig?
–preguntó–. ¿Qué piensa él?

–¿Y a mí qué me importa su opinión? Él no es quién para decirme qué debo hacer. Sólo puede ayudarme a entender... Fui a un abogado –dijo.

–¿Qué abogado?

–Sandor Himmelstein. Porque es amigo tuyo. Dice que puedes instalarte con él hasta que arregles tus cosas.

La conversación había terminado, y Herzog volvió a las contraventanas en la humedad sombría y verde del patio trasero, se sumió en su oscuro y peculiar carácter. Era una persona con tendencias irregulares, y practicaba el arte de darle vueltas a detalles al azar hasta abatirse sobre los hechos esenciales. A menudo albergaba la esperanza de pillar desprevenidos a esos hechos mediante una divertida estrategia. Pero no pasó nada mientras se movía entre los cristales tintineantes, mientras aguardaba de pie junto a las ramas marchitas de la tomatara quemadas por la escarcha, atadas a varas con unos trozos de tela. El aroma de la planta era intenso. Siguió con las ventanas porque no podía permitirse el lujo de dejarse llevar y sentirse un lisiado. Le asustaban las profundidades de los sentimientos que con el tiempo, cuando ya no pudiera recurrir a sus excentricidades en busca de alivio, tendría que afrontar.

En esa postura, derrumbado en el sofá, con los brazos detrás de la cabeza y las piernas estiradas, echado sin más estilo que un chimpancé, sus ojos, con un brillo más inten-

so de lo normal, observaban su propio trabajo en el jardín con distancia, como si estuviera mirando por el extremo delantero de un telescopio a una imagen diminuta y nítida.

El bufón que sufre.

Por tanto, dos cuestiones: él sabía perfectamente que sus notas garabateadas, su escritura de cartas, era ridícula. Era involuntaria. Sus excentricidades se habían apoderado de él.

Hay alguien dentro de mí. Me tiene en sus manos. Cuando hablo de él lo siento en mi cabeza, dando golpes para imponer orden. Me destrozará.

Se ha informado –escribió– de que varios equipos de cosmonautas rusos se han perdido; hemos de suponer que se han desintegrado. A uno se le oyó lanzar un «SOS..., SOS al mundo». Los soviéticos no lo han confirmado.

Querida mamá, en cuanto a por qué no he visitado tu tumba desde hace tanto...

Querida Wanda, querida Zinka, querida Libbie, querida Ramona, querida Sono, necesito ayuda desesperadamente. Tengo miedo de desmoronarme por completo. Querido Edvig, el caso es que también se me ha negado la locura. No sé por qué debería escribirte nada. Querido señor presidente, la normativa tributaria nos va a convertir en una nación de contables. La vida de los ciudadanos se está convirtiendo en una empresa comercial. Ésta, en mi opinión, es una de las peores interpretaciones del sentido de la vida humana que se haya dado en toda la historia. La vida del hombre no es un negocio.

«¿Y cómo firmo esto? –se preguntó Moses–. ¿Ciudadano indignado? La indignación es tan agotadora que uno debería reservarla para la principal injusticia.»

Querida Daisy –le escribió a su primera esposa–: Sé que me toca visitar a Marco en el campamento el día de los Padres, pero este año me temo que mi presencia podría alterarlo. Le he escrito y me he mantenido al día de sus actividades. Sin embargo, tengo la impresión de que él me

culpa de la ruptura con Madeleine y cree que también he abandonado a su pequeña hermanastra. Es demasiado pequeño para entender la diferencia entre los dos divorcios. En este punto, Herzog se preguntó si sería apropiado hablar más de la cuestión con Daisy e, imaginándose su rostro atractivo e irritado mientras leía esta carta todavía no escrita, optó por no alargarse. Prosiguió: *Creo que sería preferible para Marco no verme. He estado enfermo, he necesitado atención médica.* Se percató con desagrado de que recurría a su viejo truco de apelar a la comprensión. Cada personalidad tenía sus propias formas de actuar. Uno podía reconocerlas sin aprobarlas. A Herzog le traía sin cuidado su propia personalidad y, por el momento, no parecía que pudiera hacer nada con sus impulsos. *Voy recobrando mi salud y mis fuerzas poco a poco...* Como persona de principios sensatos y positivos, moderna y liberal, las noticias de su recuperación (si fueran ciertas) deberían complacer a Daisy. Por otro lado, como víctima de esos impulsos, debía de buscar todos los días su necrológica en el diario.

La fuerte constitución de Herzog se resistía obstinadamente a su hipocondría. A principios de junio, cuando el renacimiento de la vida altera a mucha gente, y las nuevas rosas, incluso las de los escaparates, le recuerdan sus propios fracasos, la esterilidad y la muerte, Herzog fue a hacerse un chequeo médico. Acudió a la consulta de un anciano refugiado, el doctor Emmerich, en el West Side, enfrente de Central Park. Un portero harapiento, que despedía olor a viejo y llevaba una gorra de la campaña de los Balcanes de hacía más de medio siglo, le hizo entrar en la ruinosa bóveda del vestíbulo. Herzog se desvistió en la consulta, una sala de un verde feo y agitado; las paredes oscuras parecían abombadas por la enfermedad que aqueja a los viejos edificios de Nueva York. Herzog no era un hombre corpulento, pero sí robusto, con los músculos desarrollados por el trabajo duro en el campo. Presumía de sus músculos, de la anchura y fuerza de sus manos, hasta de la tersura de su piel, pero temía creerse demasiado el papel de hombre atractivo

vanidoso y envejecido. «Viejo idiota», se dijo a sí mismo, al tiempo que apartaba la mirada del pequeño espejo, del pelo que encanecía, de las arrugas fruto de la diversión y la amargura. A través de las rendijas de la persiana miró hacia las piedras marrones del parque, moteadas de mica, y el verde optimista y saltarín de junio. El color, a medida que las hojas se ensancharan y Nueva York depositara su hollín en el verano, no tardaría en perder intensidad. Sin embargo, ahora era especialmente hermoso, vívido en todos los detalles: las ramas, los pequeños dardos y las formas verdes sutiles e hinchadas. La belleza no es una invención humana. El doctor Emmerich, encorvado pero vigoroso, lo examinó, le auscultó el pecho y la espalda, le miró los ojos con una linterna, le tomó la presión, le palpó la glándula de la próstata y le puso los cables del electrocardiógrafo.

—Es un hombre sano; no un jovencito de veintiuno, pero está fuerte.

Herzog escuchó el diagnóstico con satisfacción, claro, aunque también se sintió levemente decepcionado. Había esperado una enfermedad concreta que lo mandara al hospital durante un tiempo. Así no tendría que cuidar de sí mismo. Sus hermanos, que, en mayor o menor grado, se habían distanciado de él, acudirían en su ayuda, y su hermana Helen podría venir a atenderlo. La familia se encargaría de sus gastos y pagaría la manutención de Marco y June. Ahora esa posibilidad se había esfumado. Aparte de una leve infección que había contraído en Polonia, gozaba de buena salud, e incluso aquella infección, ahora curada, no había sido atribuida a una causa determinada. Podría haberla producido su estado anímico, la depresión y la fatiga, no Wanda. A lo largo de un espantoso día entero había pensado que era gonorrea. «Tendría que escribir a Wanda», pensó mientras se estiraba los faldones de la camisa y se abotonaba los puños de las mangas. *Chère Wanda* —empezó—: *Bonnes nouvelles. T'en seras contente.* Era otro de sus turbios líos amorosos en francés. ¿Por qué otra razón se había empollado su Frazer y Squair en secundaria y había leído a Rousseau y Maistre en la facul-

tad? Sus éxitos no se limitaban al mundo académico sino que eran sexuales. Pero, en realidad ¿podía considerarlos éxitos? De lo que se trataba era de satisfacer su orgullo. Su carne sólo recibía las sobras.

–Entonces ¿qué le pasa? –preguntó el doctor Emmerich. Un anciano, con el pelo entrecano como el suyo, cara estrecha y despierta, lo miró a los ojos. Herzog creyó que entendía el mensaje: el médico le estaba diciendo que en su decrepita consulta examinaba a los verdaderamente débiles, a los desesperadamente enfermos, a mujeres desahuciadas y a hombres moribundos, así que ¿qué quería Herzog de él?-. Parece muy nervioso –añadió Emmerich.

–Sí, eso es. Estoy nervioso.

–¿Quiere el Miltown? ¿O algún sedante natural? ¿Padece insomnio?

–No muy grave –dijo Herzog–. Pero no consigo controlar mis pensamientos.

–¿Quiere que le recomiende un psiquiatra?

–No, ya tengo toda la psiquiatría que necesito.

–¿Y qué me dice de unas vacaciones? Llévase a una jovencita al campo, a la playa. ¿Todavía tiene aquella casa en Massachusetts?

–Sí, pero habría que abrirla de nuevo.

–¿Su amigo aún vive allí? El locutor de radio... ¿cómo se llamaba aquel hombre corpulento, pelirrojo, con la piedad de madera?

–Se llama Valentine Gersbach. No, se mudó a Chicago cuando yo..., cuando nosotros nos vinimos.

–Es un hombre muy divertido.

–Sí, mucho.

–Me he enterado de lo de su divorcio... ¿quién me lo contó? Lo siento.

Si se busca la felicidad... uno debería estar preparado para obtener malos resultados.

Se puso los anteojos estilo Ben Franklin y escribió unas palabras en una ficha para el archivo.

–La niña está con Madeleine en Chicago, imagino –dijo el médico.

–Sí...

Herzog intentó sonsacarle a Emmerich su opinión sobre Madeleine. Ella había sido también paciente suya. Pero Emmerich no dijo nada. Por descontado, un médico no debe hablar de sus pacientes. Pese a todo podía hacerse una vaga idea de su opinión por la manera en que lo miraba.

–Es una mujer violenta, histérica –le dijo a Emmerich.

En los labios del anciano vio que estaba a punto de responder, pero entonces optó por no decir nada y Moses, que tenía la extraña costumbre de acabar las frases de los demás, tomó una nota mental sobre su propia personalidad perpleja.

Un corazón extraño. Ni yo mismo puedo explicarlo.

Entonces comprendió que había acudido a Emmerich para cargar contra Madeleine, o simplemente para hablar de ella con alguien que la conocía y podía tener una visión realista de aquella mujer.

–Pero usted debe de tener otras chicas –dijo Emmerich–. ¿No tiene a nadie? ¿Va a cenar solo esta noche?

Herzog tenía a Ramona. Era una mujer encantadora, pero con ella también había problemas, ¿cómo no iba a haberlos?... resultaba inevitable. Ramona era una mujer de negocios, tenía una floristería en Lexington Avenue. No era joven, rondaría los treinta y pico –aunque no le decía a Moses su edad exacta–, pero era sumamente atractiva, con cierto aire extranjero, bien educada. Cuando heredó su negocio, estaba sacándose en Columbia el doctorado en Historia del Arte. Se había matriculado en la asignatura nocturna que daba Herzog. En principio, él se oponía a los líos con estudiantes, incluso con estudiantes como Ramona Donsell, que a todas luces había nacido para ellos.

Hacer todo lo que hace un hombre insensato –anotó– mientras se sigue todo el tiempo siendo una persona seria, de una seriedad pavorosa.

Claro que fue esa seriedad lo que atrajo a Ramona. Las

ideas la excitaban. Le encantaba hablar. Era una excelente cocinera y sabía preparar camarones Arnaud, que servía con una botella de Pouilly Fuissé. Herzog cenaba con ella varias noches a la semana. En una ocasión, en el taxi que los llevaba desde la mortecina aula al gran apartamento de Ramona en el West Side, dijo que quería que sintiese cómo le latía el corazón. Él buscó su muñeca, para tomarle el pulso, pero ella dijo:

—No somos niños, profesor —y le acercó la mano a otro sitio.

A los pocos días, Ramona ya decía que aquello no era una aventura corriente. Se daba cuenta, decía, de que Moses se encontraba en un estado peculiar, pero tenía algo tan encantador, tan amable, tan sano y, básicamente, era tan estable —como si, tras haber sobrevivido a muchos horrores, estuviera depurado de tonterías neuróticas—, que quizá, desde el principio, todo había sido sencillamente una cuestión de dar con la mujer apropiada. Su interés por él no tardó en hacerse serio y, en consecuencia, él empezó a preocuparse por ella, a darle vueltas a todo. Pocos días después de su visita a Emmerich, él le contó que el médico le había aconsejado que se tomase unas vacaciones. Y Ramona le dijo:

—Claro que necesitas unas vacaciones. ¿Por qué no vas a Montauk? Tengo una casa allí, yo subiría los fines de semana. A lo mejor podríamos pasar juntos todo julio.

—No sabía que tuvieras una casa —dijo Herzog.

—La pusieron en venta hace unos años; era demasiado grande para mí, para mí sola me refiero, pero acababa de divorciarme de Harold y necesitaba alguna diversión.

Le enseñó diapositivas a color de la casa. Con el ojo en el visor, Herzog comentó:

—Es muy bonita, con todas esas flores.

Pero en realidad se sentía incómodo, triste.

—Allí nos lo podemos pasar estupendamente. De paso tendrás que comprarte ropa de verano más alegre. ¿Por qué llevas esas cosas tan apagadas? Todavía tienes un tipo juvenil.

–Adelgacé el invierno pasado, en Polonia e Italia.

–Tonterías, ¿por qué dices eso? Sabes muy bien que eres un hombre atractivo. Si hasta te enorgullecés de ello. En Argentina te llamarían *macho*^{*1}. Te gusta hacerte el dócil y el manso y ocultar al demonio que llevas dentro. ¿Por qué escondes a ese diablillo? ¿Por qué no te haces amigo de él?, ¿por qué no lo dejas manifestarse?

En lugar de responder, tomó nota mental: *Querida Ramona, mi muy querida Ramona. Me gustas mucho, no sabes cuánto afecto siento por ti, eres una verdadera amiga. Y es posible que con el tiempo nuestra relación vaya aún más allá. Pero ¿cómo es posible que yo, un profesor, no pueda soportar que me den lecciones? Creo que tu sabiduría me tiene atrapado. Porque posees una sabiduría completa. Tal vez incluso excesiva. No me gusta rechazar las correcciones. Hay mucho que corregir en mí. Casi todo. Y reconozco la buena suerte cuando la veo...* Era la verdad literal, palabra por palabra. Ramona le gustaba.

Era de Buenos Aires. Con antepasados internacionales: españoles, franceses, rusos, polacos y judíos. Había ido al colegio en Suiza y todavía hablaba con un leve acento, lleno de encanto. Era pequeña pero tenía una figura rellena, sustancial, un trasero redondo, pechos firmes (todas esas cosas contaban para Herzog: puede que se considerase un moralista pero la forma de los pechos de una mujer le importaba mucho). A Ramona no le gustaba su barbilla pero le encantaba su cuello, de manera que siempre mantenía la cabeza muy alta. Caminaba con rapidez y pasos firmes, taconeando con el vigoroso estilo castellano. A Herzog le embriagaba ese taconeo. Entraba en una sala provocativamente, meneándose un poco, tocándose el muslo con una mano, como si llevara una navaja en la liga. Al parecer, eso estaba de moda en Madrid, y a Ramona le divertía presentarse juguetonamente en el papel de una curtida española: *una navaja en la liga*^{*}; ella le enseñó la expresión.

1. Las palabras y expresiones en cursiva señaladas con un asterisco aparecen en castellano en el original.

Herzog pensaba a menudo en esa navaja imaginaria cuando la veía en ropa interior, que era extravagante y negra, una ingeniosa prenda sin tiras llamada La Viuda Alegre que se ceñía a la cintura y de la que colgaban unas cintas rojas. Tenía los muslos cortos, pero jugosos y blancos. La piel se le oscurecía donde los elásticos la constreñían. De la prenda colgaban etiquetas sedosas y broches. Tenía unos ojos castaños, delicados y astutos, eróticos y calculadores. Sabía bien qué se traía entre manos y cuáles eran sus activos. El olor cálido, los brazos con vello, el exquisito busto, la espléndida dentadura blanca y las piernas ligeramente curvadas: todo sumaba. Moses debía de estar sufriendo, pero sufría con estilo. Su suerte nunca le abandonaba del todo. Tal vez era más afortunado de lo que creía. Ramona intentó explicárselo:

—Esa zorra te ha hecho un favor —le dijo—. Estarás mucho mejor.

¡Moses! —escribió—, gana cuando gimotea y gimotea cuando gana. Evidentemente no puede creer en victorias.

Cuelga tu angustia de una estrella.

Pero en el silencio de su encuentro con Ramona escribió, incapaz de responder salvo con una carta mental: *Eres un gran consuelo para mí. Estamos tratando con elementos más o menos estables, más o menos controlables, más o menos desquiciados. Es verdad: tengo un espíritu exaltado en mi interior aunque parezco dócil y suave. Tú crees que lo único que quiere este espíritu es placer sexual y, visto que ya le damos ese placer, ¿por qué no iba a ir todo bien?*

Entonces, de pronto, se dio cuenta de que Ramona se había transformado a sí misma en una especie de profesional (o sacerdotisa) del sexo. Últimamente Herzog se había acostumbrado a tratar con pésimas aficionadas. *No sabía que podía montármelo con una verdadera artista de la cama.*

«Pero ¿acaso es ésa la meta secreta de mi peregrinaje? ¿Me veo a mí mismo tras este largo vagabundeo como un hijo no reconocido de Sodoma y Dioniso, un tipo órfico?»

(A Ramona le gustaba hablar de tipos órficos.) «¿Un pequeño burgués dionisiaco?»

Anotó: ¡A la mierda todas esas categorías!

—A lo mejor me compro algo de ropa de verano —le respondió a Ramona.

Me gusta la ropa elegante —prosiguió—. De niño, sacaba brillo con mantequilla a mis zapatos de charol. Mi madre, que era rusa, me llamaba Krasavitz, guapo. Y cuando me convertí en un taciturno estudiante, seguí siendo guapo de cara, con un cutis terso, y perdía el tiempo lanzando miradas arrogantes, prestando mucha atención a mis pantalones y camisas. Sólo más tarde, ya de profesor, me volví anticuado. El invierno pasado compré un chaleco chillón en Burlington Arcade y un par de botas suizas como las que veo que ahora llevan los maricas del Village. ¿Tengo el alma dolorida? Sí —siguió escribiendo—, y me gusta ir de tiros largos. Pero ya no puedo sacarle mucho partido a mi vanidad y, a decir verdad, ni siquiera me impresiona ya mi propio corazón torturado. Empieza a parecerme otra pérdida de tiempo.

Tras reflexionar con calma, Herzog concluyó que lo mejor sería no aceptar la oferta de Ramona. Ella debía de tener treinta y siete o treinta y ocho años, calculó maliciosamente, y eso significaba que estaba buscando marido. Algo que, de por sí, no era malo, incluso podía ser gracioso. Las necesidades humanas más sencillas y universales acababan imponiéndose siempre a las más sofisticadas. Ramona no había aprendido esas travesuras eróticas en un manual, sino en aventuras, en situaciones confusas y, a veces, seguramente, con desazón, en abrazos brutales y a menudo no deseados. De manera que ahora debía de anhelar estabilidad. Quería entregar su corazón para siempre, y vivir tranquila con un buen hombre, convertirse en la esposa de Herzog y dejar de ser una chica fácil. Con frecuencia tenía una mirada sobria. Sus ojos lo conmovían en lo más hondo.

Sin poder de dejar de pensar, siempre inquieto, se imaginó Montauk: playas blancas, luz resplandeciente, gran-

des olas satinadas, cangrejos muriendo en su armadura, petirrojos marinos y peces globo. Herzog tenía ganas de tumbarse en traje de baño, y calentar su inquieto estómago en la arena. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Aceptar demasiados favores de Ramona era peligroso. Podría tener que devolverlos con su libertad. Claro que ahora no necesitaba esa libertad, lo que le hacía falta era un buen descanso. Pese a todo, después de descansar, querría recuperar la libertad. Pero ni siquiera de eso estaba seguro; aunque era una posibilidad.

Unas vacaciones darán más fuerzas a mi vida neurótica.

Aun así, pensó Herzog, tenía un aspecto terrible, hundido; estaba perdiendo mucho pelo, y se tomaba ese rápido deterioro como una rendición ante Madeleine y Gersbach, su amante, y ante todos sus enemigos. Tenía más enemigos y gente que lo odiaba de lo que nadie habría adivinado por su expresión pensativa.

El trimestre de la escuela nocturna estaba tocando a su fin y Herzog se convenció de que lo más sensato era alejarse también de Ramona. Decidió irse a Vineyard, pero, creyendo que sería mala idea estar completamente solo, envió una carta nocturna urgente a una conocida que vivía en Vineyard Haven, una vieja amiga (en el pasado habían pensado en liarse, pero la relación no llegó a concretarse, y ahora eran amigos afectuosos y considerados). En el telegrama le explicaba la situación; su amiga Libbie Vane (Libbie Vane-Erikson-Sissler; se acababa de casar por tercera vez y la residencia en Haven pertenecía a su marido, un químico industrial) lo telefoneó enseguida y, sinceramente emocionada, lo invitó a ir y quedarse tanto como quisiera.

—Alquilame una habitación cerca de la playa —le pidió Herzog.

—Quédate con nosotros.

—No, no puedo hacerlo. Si os acabáis de casar...

—Anda, Moses, por favor, no seas tan romántico. Sissler y yo llevamos tres años viviendo juntos.

—Aun así, estáis de luna de miel, ¿no?

—Deja de decir tonterías. Me tomaré como una ofensa personal el que no te quedes aquí. Tenemos seis habitaciones. Vente ahora mismo, ya me he enterado del mal rato que estás pasando.

Al final —era inevitable—, aceptó. Sin embargo, creía que no hacía lo que debía. Al enviar el telegrama, poco menos que la había obligado a invitarle. Él había ayudado mucho a Libbie hacía diez años; sin embargo se habría sentido mejor consigo mismo si no tuviera la sensación de estar exigiéndole que le devolviera el favor. Él sabía salir adelante sin pedir ayuda. Se estaba convirtiendo en un pelmazo, comportándose con debilidad, con maldad.

«Pero, al menos —pensó—, no tengo por qué empeorar las cosas. No aburriré a Libbie con mis problemas, ni me pasaré la semana llorando en su pecho. Los llevaré a cenar, a ella y a su nuevo marido. Uno tiene que luchar por su vida. Ésa es la condición principal para vivirla. Entonces, ¿a qué desanimarse? Ramona tiene razón. Compra ropa alegre. Puedes pedirle más dinero a tu hermano Shura, a él le gusta, y sabe que se lo devolverás. Eso es vivir según el principio de actuar como se debe: uno paga sus deudas.»

De manera que fue a comprar ropa. Primero revisó los anuncios de moda en *The New Yorker* y *Esquire*. En ellos aparecían hombres maduros de rostros arrugados, además de jóvenes ejecutivos y deportistas. Luego, después de afeitarse con más cuidado que de costumbre y peinarse (¿sería capaz de soportar su propia imagen en los espejos triples de una tienda de ropa?), tomó el autobús hacia la parte alta de la ciudad. Se apeó en la calle Cincuenta y nueve y desde allí bajó por Madison Avenue hasta los números cuarenta y luego retrocedió hacia el Plaza en la Quinta Avenida. Las nubes grises se abrieron ante el embate del sol. Los escaparates relucían y Herzog los miraba, avergonzado y excitado. La nueva moda le parecía atolondrada y chillona: chaquetas de madrás, pantalones cortos con estampados difusos de colores a lo Kandinsky, en los que un hombre de

mediana edad o con una barriga prominente tendría un aspecto ridículo. Era preferible la contención puritana que la exhibición de rodillas lastimosamente arrugadas, de venas varicosas y de barrigas de pelícano, por no hablar de la indecencia de rostros ajados bajo las gorras deportivas. Sin duda, Valentine Gersbach, que le había derrotado con Madeleine, superando la desventaja de una pierna de madera, podía lucir esas elegantes y chillonas rayas color caramelo. Valentine era un dandi. Tenía una cara gruesa y poderosas mandíbulas; a Moses le recordaba un poco a Putzi Hanfstaengl, el pianista personal de Hitler. Pero Gersbach tenía un par de ojos extraordinarios en un pelirrojo: marrones, profundos, cálidos, llenos de vida. También las pestañas eran vitales, de un rojo oscuro, largas y con cierto aire infantil. Y tenía un pelo tan tupido como un oso. A lo que había que añadir que Valentine se sentía orgullosamente seguro de su aspecto físico. Se le notaba. Sabía que era un hombre muy atractivo. Esperaba que las mujeres –todas las mujeres– perdieran la cabeza por él. Y muchas la perdían, ¿no? Entre ellas, la segunda señora Herzog.

–¿Que me ponga eso?, ¿yo? –preguntó Herzog al dependiente de una tienda de la Quinta Avenida.

Pero se acabó comprando una chaqueta a rayas púrpuras y blancas. Luego le explicó al vendedor que, en su país de origen, su familia había llevado gabardinas que rozaban el suelo.

El dependiente tenía el cutis áspero, legado de un acné juvenil. De cara tan roja como un clavel, exhalaba un aliento con olor a carne, aliento de perro. Fue un poco maleducado con Moses porque, cuando le preguntó la medida de la cintura y éste respondió: «Treinta y cuatro», le replicó: «No sea tan fanfarrón». El comentario se le había escapado y Moses era demasiado caballeroso para tomárselo en cuenta. Su corazón se sentía mejor ejerciendo la dolorosa prudencia. Con la mirada baja, se dirigió por la alfombra gris hacia el probador y allí, tras desvestirse y ponerse los pantalones nuevos sin quitarse los zapatos, le escribió una nota. *Estimado Mack: Pasas el día entero tra-*

tando con pobres gilipollas. Tipos llenos de orgullo masculino, de descaro, de desprecio. Y estás obligado a ser afable y encantador. Trabajo difícil si da la casualidad de que eres irritable y rencoroso. ¡La franqueza de la gente de Nueva York! Me alegro de que no seas amable. Pero tu situación tiene tanto de farsa como la de todos los demás. Nunca viene mal cierta cortesía. La verdad podría resultar insoportable para todos. Aunque por ser cortés ahora me duela el estómago. Y en cuanto a las gabardinas, sé que hay muchas barbas y gabardinas al doblar la esquina, en el barrio de los diamantes. Oh, Señor –concluyó–, perdónanos nuestras deudas y no me dejes caer en Penn Station.

Con los pantalones italianos puestos, doblados en los bajos, y un blazer de solapas estrechas, rojas y blancas, evitó exponerse del todo al espejo triple iluminado. Su cuerpo parecía salir indemne de todos los problemas, sobrevivir a todas las malas rachas. Era su rostro el devastado, sobre todo alrededor de los ojos, de manera que cuando veía su reflejo empalidecía.

Concentrado en sus preocupaciones, el dependiente, que se movía entre los estantes de ropa, no oyó los pasos de Herzog. Estaba triste. Había poco negocio. Otra pequeña recesión. Moses era el único que gastaba ese día. Dinero que pretendía pedirle a su hermano acaudalado. Shura no era tacaño. Ni tampoco lo era Willie, su otro hermano. Pero a Moses le resultaba más fácil pedirselo a Shura, que tenía algo de pecador, que a Willie, más respetable.

–¿Queda bien la espalda? –Herzog se dio la vuelta.

–Como hecha a medida –respondió el dependiente.

Estaba claro que a aquel tipo no le importaba en absoluto. «No consigo interesarle –admitió Herzog–. Así que pasaré de él, y lo joderé. Decidiré por mí mismo porque, al fin y al cabo, soy yo quien debe decidir.» Con la confianza recuperada se situó entre los espejos y miró sólo la chaqueta. Le quedaba bien.

–Envuélvala –dijo–. Y también me llevaré los pantalones, pero los quiero hoy. Ahora.

–No puede ser. El sastre está ocupado.

–Hoy o nunca –replicó Herzog–. Me voy de la ciudad.
Dos no discuten si uno no quiere.

–Veré si puedo meterle prisa –dijo el vendedor.

Cuando salió, Herzog se desabotonó la chaqueta. Se fijó en que habían utilizado el busto de un emperador romano para adornar la chaqueta de un amante de la última moda. Al quedarse a solas, se sacó la lengua a sí mismo y luego se apartó del espejo triple. Recordó lo mucho que le gustaba a Madeleine probarse ropa en tiendas y con cuánta intensidad y orgullo se contemplaba en los espejos, tocándose, ajustándose las prendas, con un semblante que resplandecía, sin dejar de ser severo, con sus grandes ojos azules, la agitación y el perfil de medallón. La satisfacción que sentía al mirarse era infinita, imperial. Durante una de sus crisis de pareja le había contado a Moses que se había mirado de nuevo en el espejo del baño, desnuda. «Todavía joven –le dijo–, joven, bella, llena de vida. ¿Por qué tendría que desperdiciarlo todo contigo?»

¡Dios no lo quiera! Herzog buscó algo con que escribir una nota porque se había dejado el papel y el bolígrafo en el probador. Anotó en la parte de atrás del bloc del vendedor: *Con el tiempo, una zorra produce desprecio.*

Echó una mirada a las pilas de ropa de playa, mientras se reía para sus adentros como si su corazón nadara hacia arriba, y se compró un par de bañadores para Vineyard; luego, un estante de sombreros de paja pasados de moda llamó su atención y decidió llevarse uno también.

¿Y se iba a comprar todo eso, se preguntó, porque el viejo Emmerich le había aconsejado un descanso? ¿O se estaba preparando para nuevos líos con mujeres? ¿Es que preveía una nueva aventura en Vineyard? ¿Con quién? ¿Cómo iba a saber con quién? Había abundancia de mujeres por todas partes.

De vuelta en casa, se probó las compras. Los bañadores le quedaban un poco estrechos, pero el sombrero de paja ovalado le gustó porque flotaba sobre el cabello que todavía crecía tupido a ambos lados de su cara. Con él se parecía al primo de su padre, Elias Herzog, el vendedor de

harina que cubría el territorio septentrional de Indiana para la General Mills en los años veinte. Elias, con su rostro serio, bien afeitado y fervientemente americanizado, comía huevos duros y bebía cerveza durante la prohibición, *piva* polaca de elaboración casera. A los huevos les daba un golpecito seco en la barandilla del porche y luego los pelaba minuciosamente. Llevaba cintas coloreadas en las mangas y un sombrero de paja como este que ahora lucía Moses, encajado sobre la misma cabellera que también compartía el padre de su primo, el rabino Sandor-Alexander Herzog, que tenía además una hermosa barba, una barba radiante, amplia y nerviosa que ocultaba la silueta de su barbilla y el cuello de terciopelo de su levita. La madre de Herzog había sentido una debilidad especial por los judíos con hermosas barbas. En la familia materna todos los ancianos lucían barbas tupidas y abundantes, cargadas de religión. Ella quería que Moses se hiciera rabino. Pero ahora, vestido con el bañador y el sombrero de paja, la cara rebosando una profunda tristeza, un descabellado anhelo de lo absoluto del que una vida religiosa le habría librado, no se le ocurrió que pudiera existir nadie en el mundo más distinto de un rabino que él. ¡Esa boca!, cargada de deseo y de una rabia abismal; la nariz recta a veces sombría, los ojos oscuros. ¿Y qué decir de su figura?: las largas venas que serpenteaban por sus brazos y le llenaban las manos que le caían colgadas; un organismo antiguo, más antiguo que los mismos judíos. El sombrero plano, como una corteza de paja, tenía una cinta roja y blanca que hacía juego con la chaqueta. Quitó el papel de seda de las mangas y se la puso, hinchando las rayas. Con las piernas al descubierto, parecía un hindú.

«Piensa en los lirios del campo –se recordó–, no trabajan, no hilan; sin embargo, ni siquiera Salomón, en todo su esplendor, estaba a su altura¹.»

Tenía ocho años y estaba ingresado en el pabellón infantil del Royal Victoria Hospital, en Montreal, cuando

1. Lucas, 12, 27.

aprendió esas palabras. Una dama cristiana lo visitaba una vez por semana y le hacía leer la Biblia en voz alta: «Dad y se os dará: una buena medida apretada, remecida, rebosante, echarán en vuestro regazo»¹.

Del tejado del hospital colgaban carámbanos que parecían los dientes de un pez, con gotas claras ardiendo en las puntas. Junto a su cama, la dama gentil se sentaba con sus largas faldas y sus zapatos de botones. El alfiler de su sombrero sobresalía por detrás de la cabeza como el trole de un tranvía. Su ropa despedía olor a cola. Y entonces le hizo leer: «Dejad que los niños se acerquen a mí»². A él le parecía una buena mujer. Sin embargo, la expresión de su rostro era lúgubre y tensa.

—¿Dónde vives, pequeño?

—En Napoleon Street.

«Donde viven los judíos.»

—¿En qué trabaja tu papá?

«Mi padre es un contrabandista de licor. Tiene un alambique en Point-Saint Charles. Los vigilantes lo persiguen. No tiene dinero.»

Claro que Moses nunca le habría contado nada de eso. Incluso con sólo cinco años lo sabía. Su madre lo había instruido: «Nunca debes decirlo».

1. Lucas, 6, 38.

2. Marcos, 10, 14.

Título de la edición original: Herzog
Traducción del inglés: Vicente Campos González
Diseño de sobrecubierta: Elsa Suárez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037 Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: junio 2012

© The Estate of Saul Bellow, 2008
© de la traducción: Vicente Campos González, 2008
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2008
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2008

Preimpresión: María García
Depósito legal: B. 16776-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-998-0
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-4915-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)